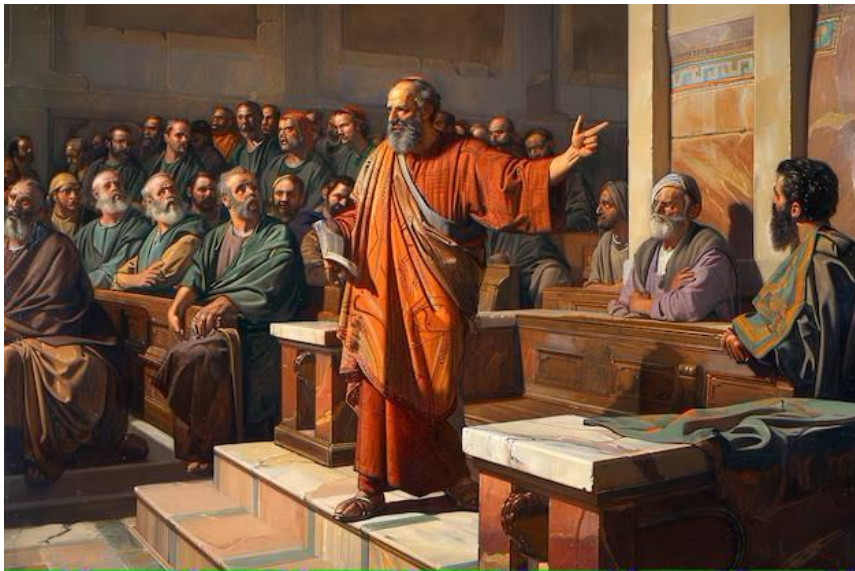


DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO A

2ª Lectura (1 Tes. 1, 1-5)



“Recordamos vuestra fe, esperanza y caridad”

«Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses, en Dios Padre y en el Señor Jesucristo. A vosotros, gracia y paz. Siempre damos gracias a Dios por todos vosotros y os tenemos presentes en nuestras oraciones. Ante Dios, nuestro Padre, recordamos sin cesar la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y el aguante de vuestra esperanza en Jesucristo nuestro Señor.

Bien sabemos, hermanos amados de Dios, que él os ha elegido y que cuando se proclamó el Evangelio entre vosotros no hubo sólo palabras, sino, además, fuerza del Espíritu Santo y convicción profunda, como muy bien sabéis.» (1 Tes. 1, 1-5).

“Pablo”: Inicia S. Pablo la Primera Carta a los Tesalonicenses indicando la dirección y el remite. Los remitentes son: *“Pablo, Silvano y*

Timoteo”, y los destinatarios: los cristianos de “*la iglesia de los tesalonicenses*”.

“Silvano”: Parece que este “*Silvano*” es un tal “*Silas*”. “*Silvano*” es la transcripción semita y latina del griego “*Silas*”:

«Entonces decidieron los apóstoles y presbíteros, de acuerdo con toda la Iglesia, elegir de entre ellos algunos hombres y enviarles a Antioquía con **Pablo** y Bernabé; y estos fueron Judas, llamado Barsabás, y **Silas**, que eran dirigentes entre los hermanos.» (Hech. 15, 22).

«Al ver sus amos que se les había ido su esperanza de ganancia, prendieron a **Pablo y a Silas** y los arrastraron hasta el ágora, ante los magistrados.» (Hech. 16, 19).

«Algunos de ellos se convencieron y se unieron a **Pablo y Silas** así como una gran multitud de los que adoraban a Dios y de griegos y no pocas de las mujeres principales.» (Hech. 17, 4).

“Y Timoteo”: Los Hechos de los Apóstoles presentan a “*Timoteo*” como un cristiano hijo de madre judía y padre gentil:

«Llegó también a Derbe y Listra. Había allí un discípulo llamado **Timoteo**, hijo de una mujer judía creyente y de padre griego.» (Hech. 16, 1).

“A la iglesia de los tesalonicenses”: No es que haya muchas iglesias, pues sólo hay una, sino que S. Pablo escribe a la Iglesia que está en Tesalónica.

“*Iglesia*” designa a la congregación del pueblo de Dios en acción, más que mera reunión pasiva de cristianos:

«No todo el que me diga: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial.» (Mt. 7, 21).

La “*Iglesia*” viene a sustituir a la sinagoga, ya caducada. Aunque los judíos se hubieran convertido e incorporado a la Iglesia de Cristo Jesús, la sinagoga hubiera también dejado de existir, aunque no de ese modo tan traumático con la caída de Jerusalén, el año 70, a manos de Tito.

“En Dios Padre y en el Señor Jesucristo”: La congregación de la Iglesia que está en Tesalónica tiene como causa motora “Dios Padre” y el “Señor Jesucristo”, participa de la vida divina y vive orientada hacia el seno de la Trinidad Beatísima.

Ha quedado bien constituida y orientada la comunidad cristiana de Tesalónica. El *ser* y el *obrar* cristiano de los tesalonicenses es aquí implícitamente alabado por S. Pablo.

“A vosotros, gracia y paz”: S. Pablo asocia la fórmula griega y la hebrea de saludo haciendo una nueva fórmula cristiana: los griegos saludaban con la “alegría” y los hebreos con la “paz”. Pues bien, S. Pablo dará a estas fórmulas una nueva dimensión cristiana y dirá “gracia y paz”.

Ya el sacerdote judío en la antigüedad bendecía al pueblo deseándole “gracia y paz” de Dios:

«Yahveh te bendiga y te guarde; ilumine Yahveh su rostro sobre ti y te sea propicio; Yahveh te muestre su rostro y te conceda la paz.»
(Núm. 6, 24-26).

La “gracia” constituye al cristiano en un modo de ser: “paz”; le hace hijo de Dios, y, por tanto, agradable a Dios.

“Siempre damos gracias a Dios por todos vosotros”: Después del saludo ilustrado de S. Pablo en el verso precedente, comienza el exordio de la carta, que, como todo exordio, tiende a ganar la benevolencia del auditorio, en este caso de los lectores cristianos de Tesalónica.

Manifiesta el exordio en primer lugar el gran amor que les profesa S. Pablo a los tesalonicenses con su mejor don: acción de “gracias a Dios” por los cristianos de Tesalónica.

«COMENZAR ALENTANDO.

Dar gracias a Dios por ellos es el acto de quien es testigo de cómo han adelantado en la fe. No sólo los tesalonicenses son alabados por Pablo, sino que da gracias a Dios por ellos, como si el propio Dios hubiera logrado todo. Así, Pablo también les enseña a moderar la propia estimación, diciendo que todo su crecimiento se debe al poder de Dios.» (S.

JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre la Primera Carta a los Tesalonicenses*, 1; PG 62, 393).

“Y os tenemos presentes en nuestras oraciones”: Los exegetas quieren ver en este verso una oración litúrgica oficial de las primeras comunidades cristianas, cosa que haría más laudable la amorosa generosidad de S. Pablo.

“Ante Dios, nuestro Padre, recordamos sin cesar la actividad de vuestra fe”: La fe supone el reconocimiento de Cristo Jesús como el Mesías esperado y la inserción eficaz en su obra evangelizadora, pues la fe verdadera supone obras inteligentes de amor. Recordará un poco más adelante S. Pablo la eficacia en el apostolado de los tesalonicenses:

«Partiendo de vosotros, en efecto, ha resonado la Palabra del Señor y vuestra fe en Dios se ha difundido no sólo en Macedonia y en Acaya, sino por todas partes, de manera que nada nos queda por decir.» (1 Tes. 1, 8).

“El esfuerzo de vuestro amor”: El “trabajo duro (κόπον)” en que se han visto embarcados los tesalonicenses da a entender lo justificado de la alabanza de S. Pablo. No se trata de un mero esfuerzo transitorio, sino de un trabajo duro, agotador.

La fe cristiana compromete la vida de la comunidad cristiana y facilita el cumplimiento de la caridad hasta un grado heroico:

«La fe que actúa por la caridad.» (Gál. 5, 6).

“Y el aguante de vuestra esperanza”: La fe lleva a la cúspide del sufrimiento por amor, lo cual evoca la paciencia, la entereza, la perfección en el aguante paciente, la cordialidad, la amabilidad, la confianza, la perseverancia, la tenacidad.

La esperanza cristiana está orientada hacia el futuro, hacia la parusía, que se desea alcanzar con la paciencia perseverante de presente:

«Porque nuestra salvación es en esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se

*ve? Pero **esperar lo que no vemos, es aguardar con paciencia.**» (Rom. 8, 24-25).*

*«La tribulación engendra la **paciencia**; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, **esperanza**, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.» (Rom. 5, 3-5).*

Ha hecho S. Pablo alusión a las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

“En Jesucristo nuestro Señor”: Él es el objeto de la esperanza cristiana:

*«**Esperar así a su Hijo Jesús que ha de venir de los cielos, a quien resucitó de entre los muertos y que nos salva de la Cólera venidera.**» (1 Tes. 1, 10).*

“Bien sabemos, hermanos amados de Dios, que él os ha elegido”:

La “elección (ἐκλογήν)” de parte de Dios exige la aceptación libre de parte del cristiano. La “elección” aquí está por encima de la mera vocación, o llamada a la conversión y al servicio del evangelio, supone una preferencia particular, excepcional, de entre los vocacionados.

Los cristianos de Tesalónica han recibido una llamada privilegiada divina hacia el amor, que describirá a continuación:

“Y que cuando se proclamó el Evangelio entre vosotros”: Este verso es una explicación del verso anterior: explica la predilección del Señor por la comunidad cristiana de Tesalónica.

“No hubo sólo palabras”: Es decir, no fue una mera predicación, como la de cualquier otro predicador del evangelio, sino que hubo una intervención privilegiada de Dios. Parece que S. Pablo no tiene mucha confianza en las meras “palabras”, o los discursos elegantemente pergeñados, sino que pone toda su confianza en la intervención de Dios, aunque sea a raíz de sus palabras:

“Sino, además, fuerza del Espíritu Santo”: A las “palabras” de S. Pablo en su predicación le acompañaba la “fuerza del Espíritu Santo”, cosa que hacía más eficaz su apostolado:

*«Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es una **fuera de Dios** para la salvación de todo el que cree.» (Rom. 1, 16).*

*«Pues no me atreveré a hablar de cosa alguna que Cristo no haya realizado por medio de mí para conseguir la obediencia de los gentiles, de palabra y de obra, en virtud de señales y prodigios, **en virtud del Espíritu de Dios**, tanto que desde Jerusalén y en todas direcciones hasta el Ilírico he dado cumplimiento al Evangelio de Cristo.» (Rom. 15, 18-19).*

Contra la debilidad de la carne cuenta el tesalonicense, y todo cristiano, con la “*fuera del Espíritu Santo*”.

“Y convicción profunda”: Los tesalonicenses acogieron el mensaje evangélico con intensidad tal que dejó grabada y troquelada su conciencia según el esquema evangélico predicado por S. Pablo, como instrumento en las manos del Espíritu Santo de Dios.

“Como muy bien sabéis”: Fue tan patente la intervención del Espíritu Santo y de S. Pablo en la comunidad tesalónica, que todos eran conscientes de tal realidad, y, por tanto, ya no era necesario insistir más en ello.

3ª Lectura (Mt. 22, 15-21)



“Pagadle al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”

«En aquel tiempo, los fariseos se retiraron y llegaron a un acuerdo para comprometer a Jesús con una pregunta. Le enviaron unos discípulos, con unos partidarios de Herodes, y le dijeron: –Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad; sin que te importe nadie, porque no te fijas en las apariencias. Dinos, pues, qué opinas: ¿es lícito pagar impuesto al César o no?»

Comprendiendo su mala voluntad, les dijo Jesús: –¡Hipócritas!, ¿por qué me tentáis? Enseñadme la moneda del impuesto.

Le presentaron un denario. Él les preguntó: –¿De quién son esta cara y esta inscripción?

Le respondieron: –Del César.

Entonces les replicó: –Pues pagadle al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.» (Mt. 22, 15-21).

“Los fariseos se retiraron”: La presente expresión de fuga es propia de una derrota, aunque los dañados fariseos se van con ínfulas de triunfo futuro. Y la retirada fue sin usar Jesús pelea contra ellos. ¡Qué será el día en que Dios les plante cara!

«*Son como paja que se lleva el viento.*» (Sal. 1, 4).

Todo este manejo se llama fariseísmo:

- Escucharon la palabra de Jesús.
- Rebotó la palabra de Jesús en sus corazones.
- No pudieron sofocar la Palabra.
- Se retiraron para atacar la Palabra.
- Vuelven embistiendo contra la Palabra.

La psicología de la retirada puede ser sanísima, como solía usarla el Señor frente a sus enemigos, para no tener que destruirlos. Pero hay otra psicopatología de la retirada que procede de la frustración ante la imposibilidad de salirse con las ansias dañadas, aunque no sean tan dañadas como las de la muerte del Señor.

El fariseísmo en retirada es un alejamiento humillado del principio fontal de salud:

- ¿Qué será del que padece frío si se aleja del calor?
- ¿Qué será del que padece enfermedad si se aleja del médico?
- ¿Qué será del que padece odio si se aleja del amor?
- ¿Qué será del que padece muerte si se aleja de la vida?
- ¿Qué será del que padece del demonio si se aleja de Jesús y María?
- ¿Qué será...?

Pero ante Jesús el fariseísmo se aleja. Por ello, no te alejes de Jesús: ante su presencia cae por tierra todo tu fariseísmo interior y te queda sólo la paz de Dios.

“Y llegaron a un acuerdo para comprometer a Jesús”: Después de la trilogía parabólica (*“Los dos hijos”*, *“Los renteros homicidas”* y *“Las bodas del hijo del rey”*), los fariseos maquinan para matar a Jesús. No se atrevieron a apresarle por miedo al pueblo, pero ahora, desde las tinieblas, como es usual en el obrar de Satanás, intentarán el asalto deicida.

No supieron encajar los fariseos la derrota de la retirada y ahora maquinan con astucia el modo de acabar con el Principio de todo bien.

Acabar con Dios ha sido siempre ese fanatismo fundamentalista del que ha hecho gala el hombre mundano, pero que ha quedado humillado en el fuego eterno, en el que ya gozan del sumo dolor; pero que todavía no ha servido de escarmiento para convencer a esos degenerados que todavía viven pensando que por fin acabarán con Dios y su Iglesia. Hasta aquí llega la suma necedad del hombre actual que vive al margen de la Iglesia de Jesús y María.

Considerando el “*acuerdo*” al que llegaron los sanguinarios fariseos para acabar con Cristo Jesús, me pregunto si nosotros, cristianos seguidores de Jesús, seremos capaces de llegar a un acuerdo para defenderlo en el hoy de la Iglesia.

“Con una pregunta”: La maldad de la interrogación judía contiene en sí demasiada maldad judía. El interrogante generalmente oscurece el diálogo: por ello se suele usar para molestar y sorprender al contrincante poco avisado.

No buscan los falsarios fariseos la verdad, sino hacer prevalecer el error criminal por medio de “*una pregunta*”. En verdad que fariseísmo y satanismo vinieron a convertirse en términos de contenido unívoco.

Es bueno recordar aquí que quienes atacan son Satanás y sus discípulos, y quienes son atacados son Jesús y sus discípulos.

«LOS FARISEOS PLANEAN CÓMO ENGAÑARLO.

Cualquier tipo de verdad confunde siempre la maldad, aunque nunca la corrige, menos todavía en el caso de quienes pecan, no por ignorancia, sino con torcida intención. Así, los sacerdotes, viendo que no habían podido atemorizar al Señor preguntándole: “¿Con qué potestad haces estas cosas?” (Mt. 21, 23), se vieron luego atrapados por las parábolas y se declararon ellos mismos culpables en el juicio, al decir: “A estos malvados les dará una mala muerte” (Mt. 21, 41), no presentando más testimonio contra ellos que el de la propia conciencia. ¿Acaso les conmovió el temor a pecar? ¿Acaso la consideración de la libertad les frenó de pecar? ¿Qué ocurrió entonces? “Los fariseos se retiraron y se pusieron de acuerdo para ver cómo podían cazarlo en alguna palabra”. Y es que, si uno se empeña en cerrar la desembocadura del agua corriente tapando por una parte la salida del agua, provoca que salga por otra parte con más violencia. Así ocurrió con la maldad de los

sacerdotes: confundida por una parte, encontró otro camino para salir.» (ANÓNIMO, Obra incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 42; PG 56, 866).

“Le enviaron unos discípulos”: Parece que se trata de algunos jovencitos que venían a Jerusalén para instruirse a los pies farisaicos. Y como la serpiente produce veneno, verás cómo envenenan estos viboreznos.

Después de la derrota precedente de los fariseos con las tres parábolas de Jesús, eluden ahora presentarse ellos mismos ante Jesús. Dos razones les mueven a obrar así:

1. El miedo a ser nuevamente derrotados. La soberbia no puede con estos fracasos: ¡humillan mucho!
2. La astucia en ocultarse para no hacerse sospechosos. Si consiguen sorprender a Jesús, entonces aparecerán los fariseos triunfantes pavoneándose de su logro.

“Con unos partidarios de Herodes”: No sólo el poder religioso, también el poder civil se confabula contra Dios. Estos desgraciados herodianos eran partidarios del poder romano. Aceptaban las doctrinas materialistas de los saduceos. Los herodianos eran política y religiosamente opuestos a los fariseos, pero para hacer daño se hermanaban con los fariseos en fervorosa cofradía de precitos.

Parece que los astutos fariseos usan esta facción política de los herodianos para poder entregar a Jesús en manos de Pilato, de quien son partidarios, con la mayor facilidad, como indica el paralelo de S. Lucas.

*«Quedándose ellos al acecho, le enviaron unos espías, que fingieran ser justos, para sorprenderle en alguna palabra y **poderle entregar al poder y autoridad del procurador.**» (Lc. 20, 20).*

“Y le dijeron”: Los muchachillos de los fariseos no son tímidos, sino osados. Están viviendo sus primeras experiencias dialécticas y disfrutan como cachorrillos en el uso de la palabra, sin caer en la cuenta de que están ante la Palabra increada.

“Maestro”: La expresión forma el exordio del discurso. Comienzan halagando la vanidad, para luego sorprender a Jesús y eliminarlo. ¡Atención con los zalameros que con tanto descaro agasajan! No os fieis:

«No os fieis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios.» (1 Jn. 4, 1).

*«Pero Jesús **no se confiaba a ellos** porque los conocía a todos y no tenía necesidad de que se le diera testimonio acerca de los hombres, pues él conocía lo que hay en el hombre.» (Jn. 2, 24-25).*

Pero, aunque debes ser cauto y no fiarte de quien procede con halago farisaico, o con la palmadita en la espalda, sin embargo, no debes manifestar tu desconfianza, pues debes convertir también al malvado que busca tu ruina.

Los que habían renegado de Jesús, ahora lo reconocen fingidamente como maestro. Antes habían dicho:

*«Nosotros **somos discípulos de Moisés**. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; pero ése no sabemos de dónde es.» (Jn. 9, 28-29).*

«MAESTRO, SABEMOS QUE ERES VERAZ.

Le llaman maestro y dicen la verdad. Pero le llaman maestro, como honrándolo y alabándolo, para que les abra con sencillez el misterio de su corazón, fingiendo querer ser sus discípulos. La alabanza fingida es la primera fuerza de los hipócritas. Alaban a los que desean perder, para inclinar paulatinamente, mediante el gusto de la alabanza, los corazones de los hombres a la simplicidad de una benigna confesión.» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 42; PG 56, 867).

“Sabemos que eres sincero”: La pretensión de captarse la benevolencia de Jesús y su auditorio, buena es, pero si se hace con fines dañinos, perversa es.

Es verdad que hay sinceridad en Jesús, pero no así en sus interlocutores, que quieren matarlo por el amor de Jesús a la verdad.

Los que habían dicho que Jesús era un mentiroso, ahora lo reconocen como sincero. Antes habían dicho:

*«Entre la gente había muchos comentarios acerca de él. Unos decían: “Es bueno.” Otros decían: “No, sino que **engaña** al pueblo.”» (Jn. 7, 12).*

“Y que enseñas el camino de Dios”: No parece improbable que los fariseos hayan aleccionado a estos incautos discípulos sugiriéndoles las frases que deberían usar para engañar con mayor facilidad.

Los que habían dicho que Jesús enseñaba falsedades, ahora lo reconocen como maestro sincero. Más tarde volverán a las andadas recordando:

*«Y le dijeron: “Señor, recordamos que ese **impostor** dijo cuando aún vivía: “A los tres días resucitaré.”» (Mt. 27, 63).*

“Conforme a la verdad”: Los que no pueden reconocer en Jesús a una persona que habla verdad, pues le dicen tiene un principio diabólico, ahora dicen que Jesús se ajusta a verdad. Antes habían dicho:

*«Le dijeron los judíos: “Ahora estamos seguros de que **ienes un demonio.**» (Jn. 8, 52).*

“Sin que te importe nadie”: La frase tiene como incitación que Jesús condene abierta y enfáticamente el tributo al César, o, en el caso contrario, reafirme su postura antisemita. La invitación de estos cachorrillos farisaicos es a que Jesús se enfrente al más poderoso, el poder romano.

“Porque no te fijas en las apariencias”: La frase es fuerte y resultaría violento no secundar lo que insinúa: rebeldía contra el poder romano.

“Dinos, pues, qué opinas”: Piden una opinión a la evidencia suprametafísica, es decir, quieren reducir cualquier afirmación de Jesús a mera opinión apóstata.

¡Con cuanta insufrible frecuencia se escuchan interrogantes como el presente!: ¿Qué opinión le merece...? —No tengo opinión, sino evidencia. A Vd. no le es lícito preguntar sobre opiniones frente a verdades sobrenaturales, que disfrutaban del respaldo divino.

No te dejes manipular por ese lenguaje corrosivo que carcome todas las verdades en las mentes de los hombres. Sé valiente y confiesa la verdad trascendente con valentía cristiana:

«Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos.» (Mt. 10, 32-33).

“¿Es lícito pagar impuestos al César o no?”: Es de saber que toda palestina era tributaria de Roma, cosa que les dolía y humillaba a los judíos. Y no podían liberarse de la red romana en la que habían sido atrapados, por permisión divina, debido a sus muchos pecados de impiedad.

El César, es decir, el emperador romano de aquella época: Tiberio.

El tributo obligaba, desde la deposición de Arquelao, a todos los judíos comprendidos entre 14 y 65 años.

En las escuelas rabínicas se discutía si era lícito a los judíos pagar los impuestos a un usurpador pagano. Si pagaban, parecía que *aceptaban* el dominio extranjero sobre el teocrático pueblo de Dios, y, por consiguiente, *renunciaban* a las esperanzas mesiánicas. Por esta razón era frecuente que muchos judíos llevasen a mal el pago de impuestos a Roma. Por otra parte, Roma era muy exigente en la recaudación de sus impuestos. La resistencia a pagar impuestos era con frecuencia castigada con la venta como esclavos y hasta con la pena capital.

- Si Jesús afirma que **no hay que pagar** impuestos al usurpador del poder judío, entonces allí estaban los herodianos, que inmediatamente denunciarían a Jesús ante Pilato. Pero fue tan diabólica la maldad farisaica, que posteriormente acusaron a Jesús en línea con su deseo:

«Le llevaron ante Pilato. Comenzaron a acusarle diciendo: “Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al César.» (Lc. 23, 1-2).

- Si Jesús afirma que **sí hay que pagar** impuestos al usurpador del poder judío, entonces allí estaban los fariseos, que inmediatamente denunciarían a Jesús ante el sanedrín. Pero, además,

Jesús se haría odioso y enemigo del pueblo judío, y partidario del poder romano.

En verdad que la astucia del demonio es mucha, pero ante Dios de nada le sirve. Confía, por tanto, si estás con Dios, y teme, si te has alejado de Él.

“Comprendiendo su mala voluntad”: Nada hay oculto a Dios. Si hubieran caído en la cuenta de que Dios estaba presente, hubieran tenido vergüenza de hacer tal pregunta. Lo mismo le ocurre ahora al pobre pecador: si cayera en la cuenta de que Dios lo ve y es conocedor de todas sus maquinaciones, entonces tendría otro comportamiento.

“Les dijo Jesús”: Como Jesús comprendió la mala disposición de su auditorio, aprovechó esta oportunidad para destaparles su malicia, en orden al arrepentimiento, pero también para darles una lección de sumisión y obediencia a los poderes celestes y terrestres.

“¡Hipócritas!”: Les descubre la hipocresía de presente, pero también queda censurada toda su vida como una pura hipocresía. Jesús da la definición de los discípulos de los fariseos: **“¡hipócritas!”**.

“¿Por qué me tentáis?”: De sobra sabe Jesús la razón por la que le hacen esa pregunta capciosa, pero quiere descubrirles su mala intención. La respuesta interrogativa de Jesús es una censura del obrar fariseo, catalogado como *hipócrita*. Les viene a decir Jesús que, si se hubieran callado, no les tendría ahora que censurar su mala vida; pero como se han atrevido a entramparlo, entonces serán públicamente censurados por Jesús.

“Enseñadme la moneda del impuesto”: Al pedir Jesús la misma moneda que debían emplear para pagar el *“impuesto”*, sabemos que se trataba del *“denario”*, como se lo presentaron a continuación:

“Le presentaron un denario”: En una de las caras del denario figuraba impresa la imagen del emperador. Rodeando la imagen se encontraba la inscripción *“Augustus Tib. Caesar”*, pues era Tiberio el que entonces gobernaba el imperio romano.

“Él les preguntó”: La pregunta de Jesús va orientada a que los mismos que preguntan se den la respuesta oportuna.

“¿De quién son esta cara?”: Se trata de la efigie del César de turno, probablemente de Tiberio, que en ese momento gobernaba, pero también podía ser una moneda más antigua, correspondiente al tiempo del antiguo César, es decir de Augusto. En cualquiera de los casos, del emperador romano.

“Y esta inscripción”: Al igual que la imagen, la escritura aludía al César de turno: *“Augustus Tib. Caesar”*

“Le respondieron”: Cayeron en la trampa que les urde Jesús, sin que se den cuenta, pero esta trampa está orientada a la conversión, al paso que la trampa farisaica va orientada hacia la muerte de Dios.

“Del César”: Quien tiene el poder supremo sobre un pueblo es quien tiene poder para acuñar moneda. Si el César acuña, al César le corresponde la moneda.

Si resulta que los judíos tenían consigo monedas del pagano César, reconocían la pagana soberanía romana sobre el sagrado pueblo judío. Por tanto, debe el sagrado pueblo judío contribuir con los impuestos para solventar los gastos del pagano imperio.

Al parecer, tratándose de dinero, los judíos no tenían gran inconveniente de usarlo sin escrúpulos, y, de seguro, lo guardarían en un relicario como su mejor tesoro. Lo lleven sobre su pecho como una medallita milagrosa. En fin, la burla sobre la egoísta maldad queda suficientemente patente.

“Entonces les replicó”: Jesús lo que va a hacer será confirmar la misma respuesta farisea. ¿Cómo es que no se han dado cuenta de esta realidad? –La maldad los ciega:

«Los hombres **amaron más las tinieblas que la luz**, porque sus obras eran malas.» (Jn. 3, 19).

“Pues pagadle al César lo que es del César”: Al César lo suyo, pero sin olvidar que Dios pone en cuestión al mismo César. No hay más que un solo Señor, Jesucristo:

*«Para nosotros no hay más que **un solo Dios**, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y **un solo Señor**, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros.» (1 Cor. 8, 6).*

“Y a Dios lo que es de Dios”: Si la imagen del César está en la moneda, dadle al César su moneda. Si la imagen de Dios está en el hombre, dadle a Dios su hombre.

Pero esta dualidad de poderes, divinos y humanos, no contrarían el uno al otro. Ambos se han de ejercer y ambos deben cumplir los súbditos. Sin embargo, el poder humano es también poder divino, y los mandatarios súbditos del poder divino, ejercen su poder bajo el mandato divino.

«LA IMAGEN DE DIOS.

La imagen de Dios no ha sido pintada en oro, sino moldeada en los hombres. La moneda del César es de oro; la moneda de Dios es el hombre. En las monedas se ve al César; en los hombres se reconoce a Dios. Por tanto, dad vuestras riquezas al César, pero reservad para Dios la inocencia exclusiva de vuestra conciencia, donde se ve a Dios. La imagen del artesano esculpió la imagen del César, grabándola con caracteres corruptibles. Sin embargo, la mano divina estampó con diez cinceles vivos la imagen de Dios en el hombre.

¿Con cuáles? Con los cinco sentidos carnales y los cinco espirituales, gracias a los cuales consideramos y aprendemos las cosas útiles para llegar a Dios. Así pues, devolvamos a Dios siempre intacta su imagen, no entumecida por la altanería de la soberbia, no marchita por la lividez de la irascibilidad, no encendida con las llamas de la avaricia, no entregada a las seducciones de la gula, no escondida en la doblez de la hipocresía, no mancillada con las sordideces de la lujuria, no elevada por la hinchazón del orgullo, no enloquecida con la peste de la embriaguez, no abrasada por la división entre los que se aman, no infectada por el mal de la separación, no vaciada por la vanidad de las muchas palabras, sino brillante por la caridad, firmísimo por la fe y la esperanza, fortísima por la virtud de la paciencia, tranquila por la humildad, resplandeciente por la pureza, sobria por la moderación, feliz por la mansedumbre, entregada a la hospitalidad. Con tales inscripciones acuñó Dios su moneda, no a golpe de martillo y yunque, sino moldeándola al principio en la creación. El César exige que su imagen esté en las

monedas, Dios, sin embargo, la otorga al hombre al que ha creado.»
(ANÓNIMO, *Obra incompleta sobre el Evangelio de Mateo*; PG 56, 867-868).

La moneda se la dais al César, pues lleva la imagen del César; el hombre se lo dais a Dios, pues lleva la imagen de Dios; pero vosotros, ¿de quién tenéis la imagen, para saber a quién hay que daros? –Se fueron porque no eran ni de Dios, ni del César: eran del diablo.